



EL FILIBUSTERO

EN una reunión de portavoces de grupos y mesa de las Cortes, uno de los representantes de ésta —el señor Esperabé de Arteaga, ucedista— se fue —con portazo— porque un portavoz —de voz bastante destemplada habitualmente—, el señor Guerra, socialista, le llamó "filibustero". Hubo otros malos modos verbales y gestuales. Se ha discutido, luego, la palabra "filibustero". Se ha dicho en algún periódico que un filibustero era "un pirata de las Antillas". Pero que había "otras versiones".

Sin embargo, filibustero es un término del argot parlamentario, aunque los señores Gil-Robles y Pérez Serrano no lo incluyen en su "Diccionario de términos electorales y parlamentarios", generalmente tan útil (Taurus). El filibustero es aquel que en las cámaras parlamentarias de los Estados Unidos retrasa la acción mediante mociones dilatorias o discursos interminables. Ha habido quien ha leído la Biblia para alargar su discurso interminablemente y dar tiempo a que pasara la hora fijada para el cierre de la sesión o las sesiones, con las que terminaba el plazo máximo para una decisión. Una respuesta no menos infantil pero eficaz contra los filibusteros: cuando el presidente de la asamblea ordena parar el reloj o retrasar sus agujas para fingir que el tiempo no pasa y que el filibustero podría terminar muriendo de vez en su tribuna sin por ello obstruir realmente la cuestión.

En España tiene otra tradición política y parlamentaria. Se llamó "filibustero" a aquel que luchaba —políticamente— por la liberación

de las provincias españolas de ultramar: concretamente las Antillas y Filipinas. Eran muy pocos. Cuando se propuso a las Cortes que se concediese a Cuba "la autonomía colonial en toda su pureza", sólo diecisiete diputados (autonomistas y republicanos) votaron a favor: fueron los "filibusteros", y a su grupo se le llamó "filibusterismo" (quedarían olvidados después, cuando se hizo la "unión sagrada" y Sagasta lanzó la defensa de Cuba con una guerra para la que "España dará hasta la última gota de su sangre y su última peseta". Dio su última peseta.

Efectivamente, el término de filibusteros fue en aquella época peyorativo y era la metáfora de "piratas de las Antillas", porque se les acusaba de piratear las provincias españolas de ultramar.

En ese sentido, la palabra es más o menos del siglo XVII; en textos ingleses se encuentra ya en el XVI, escrita "filibutor". Su más correcta acepción en inglés es "freebooter", merodeador, ladrón, saqueador; era una traducción del holandés, aunque pueda tener otra etimología también holandesa: "vliebott", barco de gran velocidad. Como los que usaban los piratas. A los marineros ingleses de la época se les pudo mezclar el sonido de "vliebott" (filibut) con el de su palabra "freebooter" (filibuter) para señalar a aquellos que, en barcos veloces, merodeaban por las Antillas y saqueaban los puertos, los piratas.

Seguro que el doctor Guerra llamó al señor Esperabé "filibustero" en el sentido americano de la palabra: en el de obstruccionista parlamentario. ■ J. A.

La Capilla siXtina

¿QUE HACER EN CASO DE GOLPE?

NO sabía a quién dirigirme y he recurrido a mis jefes de la revista TRIUNFO.

—En caso de golpe, ¿qué hago?

Se han mirado entre ellos y he traducido el cabeceo del director más o menos así: ya vuelve el gafe éste a darnos el día. Tras evidentes vacilaciones, el más decidido me ha gritado más que preguntado/

—¿De qué golpe hablas?

—Del que vosotros hablabais semanas atrás. Del que hablan los que desean el golpe y los que temen el golpe, los que no pueden dar ni golpe y los que pueden dar todos los golpes que quieran. Yo quiero saber qué hago. ¿Traigo mi colaboración o no la traigo? No me gusta escribir en bálde.

—Pero vamos, Sixto, no te pases. ¿Tú crees que ante una conmoción como la que eso representaría, tendría sentido plantearse o no el hacer la Capilla Sixtina?

—No me despersonalicéis la pregunta. Yo, repito, yo pregunto. Si hay golpe de Estado, ¿escribo la Capilla o no? Por ejemplo, tú, ¿tú vendrías aquella mañana a trabajar?

—No. Llamaría al director y le diría: "Lo siento, se me ha muerto el perro". ¡No te jode!

Todos cabecean como si mi pregunta tuviera respuestas tan obvias, tan obvias que no merecen ni contestarse. Vuelvo a casa indignado y sin respuesta. En seguida tengo motivos para pensar que mi pregunta no es ninguna necesidad. La propia Encarna me asalta en la escalera.

—¿Hay golpe o no hay golpe?

—¿Lo ves? Claro. Si no se habla de otra cosa. Nadie lo desea menos cuatro francotiradores, pero todo el mundo lo teme. ¿Tú qué harías en caso de golpe, Encarna?

—Me iría al cine, sobre todo si echan una de Nicholson. ¿Y usted?

—No sé. Voy a consultar a un conocimiento que tengo, un caballero de extrema derecha. A ver qué me aconseja.

Me sigue Encarna hasta el teléfono de mi casa. No tarda en ponerse mi amigo fascista al teléfono.

—Yo te aconsejaría que te escondieras una temporada en un castillo en ruinas. Luego te metes en un convento. Tomas el nombre de Fray Sixto del Arrepentimiento y terminas tus días escribiendo poesía lírico-ascética.

—Lo que es en explosivos evolucionáis. Pero en escenografía es que os habéis quedado en las películas de los años cuarenta.

—Bien. Bien. Tú riete. Pero mi consejo es excelente.

Le transmito a Encarna el consejo del ultra.

—Ese tío no ha ido al cine desde mil novecientos cuarenta y ocho. Qué paliza. Vaya rollo.

—Tú de mí, ¿qué harías?

—Venirse al cine conmigo. Si lo dan en invierno luego nos vamos a Lhardy a comernos unos callos. Si lo dan en verano nos paseamos por Recoletos y a tomar un par de horchatas. Luego usted a preparar la reconquista de la razón y yo a sacar consecuencias críticas de la debilidad de la izquierda reformista para plantear una opción política a la desestabilización.

—¿Y luego?

—No creo que nos dé tiempo para mucho más. La vida es breve. Envejeceremos. Usted se morirá antes. Yo lloraré. Luego me moriré yo.

Pobre Encarna. Morirse sola. Sin nadie que la lllore. ■

SIXTO CAMARA